

Hoy, no tengo nada,  
Nada que enseñar,  
Han pasado los meses  
Y he sido incapaz  
De siquiera trazar  
Una simple idea  
Que pueda presentar.

Todo este tiempo,  
He repetido y reiterado,  
Que tengo que hacer algo,  
Y en cuanto he empezado,  
he parado cansado,  
Agotado por las letras,  
Las palabras infinitas,  
Las frases eternas,  
Y oraciones interminables,  
Que bañaban la hoja,  
El folio blanquecino,  
De garabatos azabache.

Y siempre he pensado,  
Que las artes no eran más  
Que un estudio para vagos,  
Una simple profesión,  
En la cual el éxito y la fama,  
Vienen de golpes de suerte,  
Un mero juego infantil,  
El cual debo confesar,  
Que también me ha cautivado  
Y aunque lo he probado,  
Y me ha ilusionado,  
Con el tiempo, he averiguado,  
Que no es lo que el destino,  
Para mí ha seleccionado.

Durante los últimos años,  
He visto mis defectos y fallos,  
No he encontrado la pasión,  
Me ha faltado la resistencia,  
No he tenido la imaginación,  
Ni la voluntad, ni la fuerza,  
Ni ninguna de las virtudes,  
Que derrochan los grandes,  
Los que escriben su nombre,  
En las páginas de la historia.

Y no pasa nada,  
Por no dejar huella,  
Porque no dejaré  
Este mundo terrenal  
Menos satisfecho,  
Por no dejar escrito  
En piedra mi apellido,  
Ni abandonaré  
A mis conocidos,  
Con párpados llorosos,  
Por no haberles hecho  
Amistades de un famoso,  
Exitoso millonario,  
O familiares de un Nobel,  
Porque sé que escribir,  
Jamás salvará vidas,  
Por mucho que alivie la mía.

Y pensando con la cabeza,  
He llegado a la conclusión,  
Mediante frío razonamiento,  
Observación y experimento,  
De cual es mi camino.  
¿Volveré algún día a escribir?  
Probablemente, aunque jamás será  
La cuchara que me alimente.